rrera que siguen, y que no han vuelto á hablar nunca de su primera vocación.

Gravísima cosa es arrastrar en nombre de Dios á las almas. Verdadero crimen pretender con deliberado propósito arrancar á su familia y al mundo á un joven confiado á vos, para hacerle ingresar en cualquier Orden religiosa.

Basta para comprenderlo pensar en el juicio que contra el que tal intente pronunciará Dios algún día, y quizás también contra la pobre alma que, desviada de su camino por vuestra culpa, se habrá perdido. Me atrevo á asegurar que en tan delicado asunto, en general se prefiere quedarse atrás á avanzar demasiado lejos.

El mundo, ó más bien parte del mundo, no me creerá; pero digo la verdad. Verdad que, á mi juicio, confirmarán algunos de los retratos de jesuítas y de discípulos de jesuítas que se encontrarán en las páginas de este libro.

LIBRO PRIMERO

Recuerdos del pasado.

CAPÍTULO PRIMERO

UN JESUÍTA DEL SIGLO XVII.—«LAS PROVINCIALES»

I

Un jesuíta del siglo XVII.

El gran Lamoignon, escribiendo á uno de sus parientes para anunciar la muerte de Bourdaloue, le decía:

«La pérdida que hemos experimentado con la muerte de un amigo que nos amaba, y al que tan tiernamente amábamos, es tan grande para nosotros, que sólo una completa sumisión á las órdenes de la Providencia puede consolarnos.

»Una larga costumbre había formado entre nosotros una perfecta unión: el conocimiento de sus méritos la habían aumentado; la utilidad de sus consejos, su prudencia, la extensión de su talento, su desinterés,

su atención y su fidelidad para con sus amigos, me habían llevado á no tener nada oculto para él. Pocos ejemplos se encontrarán de un amigo del que se pueda decir lo que digo de éste. Durante cuarenta y cinco años he estado en relaciones con él, y ni mi corazón ni mi espíritu le han ocultado nada. Él ha conocido todas mis flaquezas y mis virtudes, nada ha ignorado de los asuntos de importancia en que he intervenido, juntos hemos trabajado, las mismas diversiones hemos tenido, y jamás me he arrepentido de la confianza que en él había depositado...

»Nadie como él ha sido visto tal como era. Sus menores cualidades han sido las que le han hecho ser honrado y respetado por el público. Era por naturaleza vivo y todo verdad, aborrecía lo artificioso y le agradaba el trato con sus amigos, pero un trato franco, sin estudio ni violencia.

»Aunque haya tenido la confianza de las clases más elevadas de Francia, no puede decirse que él la haya solicitado. Se sacrificaba de la misma manera por todos los que la Providencia le enviaba, sin buscar á los grandes ni despreciar á los pequeños, hablando á cada uno según su carácter, y aplicándose únicamente á perfeccionar la obra que tenía entre sus manos. Gozó de la amistad de un gran ministro desde sus primeros años, y la ha conservado mientras el ministro ha vivido. ¿Ha sacado de esto alguna utilidad personal? ¿Se ha valido de su fama para mezclarse en intrigas de Corte ó para elevar á sus parientes que por su nacimiento y méritos eran dignos de las mercedes que podía hacer caer sobre ellos?

Otro ministro quiso atraer al P. Bourdaloue. Le conoció, le agradó y le confió sus prosperidades y sus disgustos; pero estas relaciones en nada perjudicaron á la consideración y confianza del primero.

»No era por orgullo ni por gloria por lo que se hacía desear, sino por el temor de mezclarse en asuntos distintos á los de su profesión. Daba sus consejos al que acudía en demanda de ellos, y no se molestaba si no eran seguidos, salvo en los que se referían á la conciencia. Únicamente en esto era inflexible, siendo preciso obedecerle ó abandonarle. En cualquier otra materia se limitaba á declarar lo que sentía, apoyándolo en sólidas razones, pero por prudencia rehuía encargarse de ninguna negociación.

»¡Con qué sabiduría sabía distinguir los consejos que podían referirse á la conciencia de los que no eran más que para asuntos mundanos! Jamás, como á otros directores suele acontecer, hizo de todos los actos puntos de conciencia, para gobernar en todo, bajo pretexto de conducir á las almas hacia la perfección...

»Consideraba como gran mal todo lo que turbaba el reposo de las familias, porque todo el mal que hace la primera acción que le turba es fuente de infinitas acciones malas.

»No acabaría nunca si quisiese detallar todos los actos de este gran hombre; su amor por su estado, su celo por la salvación de las almas, cuanto ha hecho sólo por hacer el bien. Mostraba su interés lo mismo junto al hombre de la hez del pueblo que junto á las testas coronadas. Recordad las muchas veces que le

hemos visto prodigar todos sus cuidados á un doméstico, á un hombre del campo, abandonando para hacerlo una buena y agradable compañía. ¿Y cómo la abandonaba? ¿Anunciando lo que iba á hacer? El sólo sabía el bien que hacía. Nadie ha hecho menos que él un mérito de su virtud.»

Al juicio de Lamoignon, podemos añadir otro que no deja de tener importancia: el de Madama de Maintenon:

«El año 1674, en que Madama de Maintenon, aún Mad. Scarron, entraba en el palacio de Versalles, el P. Bourdaloue predicaba la Cuaresma, por segunda vez, en la Corte. Ya era conocido por la gobernadora, que le había oído en París en diversas iglesias del Marais, donde ella había vivido largo tiempo. Se alegró mucho de encontrarle en Versalles.

»Dándose cuenta de la situación de Madama de Maintenon, conocido su carácter, aquella modestia interior y exterior que nosotros llamamos humildad, virtud propia de las almas que Dios destina á una gran misión, se comprenderá cómo, llegada á la cúspide de los honores, sintió más que nunca la necesidad de esclarecer su espíritu con los consejos de otro. La perseverancia del Rey en el bien, la reforma de la Corte, el establecimiento de una escuela de moral, donde los jóvenes pobres, pero de noble origen, pudieran recogerse y perpetuar las tradiciones de fe y honradez de la antigua aristocracia francesa, eran, efectivamente, obras bastante importantes para que ella emplease en su realización todas las luces y recursos de que podía disponer.

»En medio de estas perplejidades, el Abate Gobelin, intimidado por la nueva dignidad de su penitente, se hacía imposible.

»No obstante la insistencia de Madama Maintenon—leemos en las *Conversaciones*,—M. Gobelin la trataba con tal respeto, por su elevación, que ella se dirigió durante algún tiempo al P. Bourdaloue; éste era á sus ojos el hombre más adecuado para conducir á buen fin la misión que ella se había impuesto.

»Madama de Maintenon no ignoraba que el Padre jamás había demostrado temor de anunciar en la Corte, donde á menudo predicaba, las más terribles verdades, ni de atacar los vicios que allí dominaban, pintándoles con los más vivos colores.» «Madama de Maintenon, añade Languet, conociendo que el santo religioso era realmente un elegido por Dios, creyó deber, para su propia utilidad, abrirle su alma y pedirle consejos y decisiones en las varias circunstancias en que entonces se encontraba. Sucedía esto en el año 1688, tiempo en que su crédito y fortuna habían llegado á lo más alto. La sabiduría que ella encontró en sus consejos hicieron nacer en su espíritu el deseo de encomendarle la dirección de su conciencia, pero aquel Padre no ambicionó una confianza, que un hombre menos en guardia que él contra el amor propio y la vanidad, hubiera aceptado tal vez con agrado. Hizo conocer á Madama de Maintenon que, ocupado de continuo con la composición y predicación de sus sermones, no podía verla más que cada seis meses; y Madama de Maintenon tenía entonces necesidad de un auxilio más constante, por

ser muchas las dudas en que se encontraba con frecuencia.» Al privarse del P. Bourdaloue, ella redobló el afecto que por él sentía, pues, como añade con gran candor: la dirección de mi conciencia no era cosa para ser desdeñada.

¡He aquí la ambición y la relajada moral de los jesuítas!

Pero Bourdaloue es, sin duda, una excepción: ahí están *Las Provinciales* para probarlo.

Sobre *Las Provinciales* forzoso será extendernos más, y hablar primero de su origen.

II

«LAS PROVINCIALES»

El libro de Jansenius, condenado en 1653 por Inocencio X, era defendido por Port-Royal. El duque de Liancourt fué censurado por un Sulpiciano, su director, con motivo de sus relaciones con Port-Royal. Cuatro teólogos de la Sorbona, consultados por el cura de San Sulpicio, á quien el duque había apelado, respondieron autorizando al confesor del noble para rehusar á éste la absolución. Heridos en lo vivo los señores de Port-Royal, no pudieron contener su cólera. En su *Primera carta á un personaje de calidad,* Arnauld denuncia á la indignación pública á «esos sacerdotes (los Sulpicianos), tiranos de las conciencias». Alaba á sus amigos y felicita á M. de Liancourt de sufrir persecución por la justicia, todo con gran número de citas de textos de los Padres.

No podía pasar inadvertida esta carta, y las respuestas provocaron á su vez una *Segunda carta á un duque y par,* en la que Arnauld sostuvo: 1.° Que las cinco proposiciones maliciosamente ideadas no son de Jansenius. 2.° Que San Pedro ha pecado, puesto que le faltó la gracia, lo que era reproducir la primera de las cinco proposiciones de Jansenius. Estas dos afirmaciones que la *Carta á un duque y par,* arrojaba como un mentís á la Iglesia Católica, fueron examinadas contradictoriamente en Sorbona, en Diciembre de 1655 y en Enero de 1656, y censuradas por la Facultad el 31 de este mes. Arnauld fué excluído de la Sorbona y borrado del número de sus doctores.

Ayudado de M. Maitre y de Nicole, Arnauld, que no se sentía dispuesto á dejarse condenar sin decir nada, publicó, antes y después de la censura, extensas disertaciones, que por falta de lectores, no lograron su objeto. Entretanto, la opinión pública abandonaba la causa del *Agustino,* la Sorbona triunfaba y el Jansenismo humillado estaba perdido. En este momento intervino Pascal, y desde entonces el campo de batalla cambió de aspecto.

Pascal estaba en Port-Royal-des-Champs, en Enero de 1656, mientras se trabajaba en el proceso de Arnauld. Acababa éste de leer á un grupo de amigos una de sus sabias apologías; y como dichos señores no le aplaudieran, Arnauld dijo: Veo que no aprobais este escrito, y creo que tenéis razón. Pero vos, que sois joven, añadió volviéndose á Pascal, debíais hacer algo. Pascal escribió una *Primera carta*

y se la leyó á aquellos señores, decidiéndose por unanimidad que fuera impresa. Publicóse, con efecto, el 23 de Enero de 1656, algunos días antes de la censura que excluía á Arnauld de la Sorbona y condenaba las dos *proposiciones sacadas de la Segunda carta á un duque y par.*

Animado por el efecto de su primera carta, estimulado por la condenación de su amigo y por las felicitaciones de Mlle. de Scudery, Pascal fué á establecerse en París para perseguir su éxito, alojándose en una posada situada en la calle de Poirées, con el título de *El Rey David,* casi frente al colegio de Clermont. Por otra parte, «nuestros señores de la alianza de San Agustín» no dejaron de trabajar en este asunto. Los eruditos de la compañía, Arnauld, Nicole, Sacy y sus confidentes de Sorbona, suministraban datos teológicos y textos de los casuistas. La pluma de oro de Pascal lo ordenaba todo. «Me he convertido en gran teólogo en poco tiempo, y de ello vais á tener la prueba.» ¿Qué no examinaba la ciencia de los otros antes de aprovecharse de ella? Lo esencial era que la pluma fuera acerada, ligera y sobre todo hábilmente envenenada. A esto se aplicaba Pascal. Una vez escrita la carta, se reunía un consejo de lectura, y la carta era corregida, si había motivo para ello.

A medida que las cartas se sucedían, Arnauld de Andilly las expedía al mariscal Fabert, gobernador de Sedán. Se las ofreció á la reina Cristina de paso por París. Madama de Sevigne reñía á su hija por encontrarlas monótonas. Jamás libro alguno logró tal fama.

¿Y qué era este libro?

El protestante Schœll le juzga así: «*Las Provinciales,* fueron una obra de partido en que la mala fe atribuía á los jesuítas algunas opiniones sospechosas, que desde hacía mucho tiempo ellos habían condenado y que puso en la cuenta de la Sociedad ciertas extravagancias de algunos Padres españoles y flamencos» (1).

Bayle por su parte dice (2): «La exagerada injusticia y las falsas ingeniosidades son atrevimientos esparcidos en todas estas cartas contra una de las más célebres sociedades que sostienen los intereses de la Iglesia.»

El mismo Voltaire, en 1746, se expresó así (3):

«Procediendo de buena fe, ¿se debe juzgar la moral de los jesuítas por la sátira de las *Cartas provinciales?* No, sino por el P. Bourdaloue, por el P. Cheminais, por los demás predicadores y misioneros. Compárense las *Cartas provinciales* y los sermones del P. Bourdaloue y se verá en las primeras el arte de la burla, el de dar á hechos indiferentes apariencias de crimen, el de insultar con elocuencia. Con el P. Bourdaloue se aprenderá á ser severo con uno mismo é indulgente con los demás. Pregunto, pues: ¿de qué parte está la verdad moral, y cuál de estos dos libros es más útil al hombre?

Los autores contemporáneos no han desmentido estos juicios.

---

(1) *Historia de los Estados Europeos,* tomo XXVIII, pág. 79.
(2) *Diccionario histórico,* artículo «Pascal».
(3) *Correspondencia.* Año 1746.

Según Chateaubriand, «Pascal no es más que un calumniador de genio: nos ha dejado una mentira inmortal» *(Estudios históricos)*.

En opinión del mismo Sainte-Beuve, *Las Provinciales* han dado golpe de muerte á los Jesuítas (1), estableciendo contra ellos multitud de prejuicios, y particularmente éste: los individuos son buenos: el cuerpo nada vale (2). ¿Que han matado la moral de los Jesuítas, suponiendo que tengan una moral especial para ellos? No. Al contrario. Lo que ha sido vencido ante el mundo, triunfa ante la Iglesia. Lo que *Las Provinciales* han matado, según confesión de Sainte-Beuve, Lemontey y Lerminier, es el repeto á la religión. «Pascal escribió *Las Provinciales* y el demonio de la ironía se desencadenó contra las cosas santas. Los Jesuítas reciben en apariencia todos los golpes, pero en ellos se golpea á la religión. Pascal ha preparado el camino. Voltaire puede venir» (3).

«El primero, desde dentro, ha abierto la puerta á la burla; es decir, que ha introducido al enemigo en la plaza, de la que no saldrá» (4).

«Esta obra hizo aún más daño á la religión que honor á la lengua francesa» (5).

Sainte-Beuve confirma con un nuevo rasgo sus elogios inocentemente amargos, cuando pretende demostrar que el gran vengador de la moral severa ha contribuído á destruir la moral cristiana (1).

(1) *Port-Royal*, lib. III, cap. XIII, tomo III, pág. 152.
(2) Curiosas frases de Royer-Collard, Dupin y Duque de Broglie, á propósito de la vida de los Jesuítas y de su Instituto. SAINTE-BEUVE III. Nota al pie de la pág. 79.
(3) LERMINIER, *Revista de Ambos Mundos*, 15 Mayo 1842.
(4) SAINTE-BEUVE (loc. cit.).
(5) LEMONTEY, *Historia de la Regencia*.

El mérito literario de las *Pequeñas Cartas* no debe absolver á su autor de estas acusaciones, que son muy fundadas. La misma Madama de Sablé no pudo por menos de reprochar á Pascal su moral relajada en lo que se refería á citas de los textos. Él respondió que de esto debían cuidar los que le suministraban las memorias sobre las que él trabajaba; no él, que no hacía más que ordenarlas (2). Pascal se lavaba las manos en este asunto.

M. Havet es de la misma opinión que Sainte-Beuve. «Pascal ha comenzado á formar las ruinas que el espíritu del siglo XVIII y el del nuestro ha seguido haciendo, ruinas por la elocuencia fuera y por la filosofía dentro. La acción destructiva de estas ideas continúa después de él, y va más allá de sus mismas ideas. Discursos en las tribunas, libelos, arranques de la prensa diaria, todo esto ha nacido de *Las Provinciales*. El Pascal de las *Pequeñas Cartas* continúa siendo el eterno modelo de la elocuencia de oposición. Cuantas veces el espíritu moderno intenta prepararse para algún combate, acude allí á proveerse de armas» (3).

El espíritu moderno no desdeña tampoco tomar sus armas en la multitud de los obscuros folletos que los Jansenistas multiplicaron durante más de un si-

(1) *Port Royal*, tomo III, lib. III, cap. XV, pág. 191. Consúltese la obra de Mgr. Fuzet, *Los Jansenistas en el siglo XVII*.
(2) RAPIN, *Memorias*, tomo II, pág. 395.
(3) HAVET, *Estudios sobre los Pensamientos de Pascal*.

glo en torno del autor de *Las Provinciales,* como si intentaran formar cortejo digno de ellas, ya que no por el talento que en estos libros brilla, al menos por el odio que de ellos desborda. El Conde Beugnot, que defendió á los Jesuítas bajo la Restauración, y la libertad de enseñanza bajo el gobierno de Julio, refería una anécdota bastante instructiva. Bailleul había fundado *El Constitucional,* para servir de órgano á la oposición liberal, y como sus ataques, que, sin embargo, censuraban más á la Monarquía que á la Religión, le procurasen numerosas condenaciones, Bailleul iba á lamentarse de ello á casa del padre de M. Beugnot.

«Mi padre—dijo el Conde—le consolaba lo mejor que podía, bromeando alguna vez sobre los infortunios que aumentaban la popularidad y beneficios del periódico. Un día, en que yo estaba presente, le dijo así: «Tú, tu partido y tu periódico estáis tocados de imbecilidad. No os atrevéis á atacar directamente á los Borbones, y como sabéis que el Clero es favorable á su causa, atacáis diariamente á la Religión, sus ideas, su dogma, su legítima influencia, agitando de este modo millares de conciencias y venerables sentimientos, á los que todo Gobierno debe prestar su apoyo.

»La moda de la incredulidad ha pasado. La Revolución nos ha curado de ella. Cambia tus armas. No es á la Religión á quien hay que combatir, sino á la influencia política que ciertas Corporaciones ó determinados miembros del Clero pueden ejercer. Si quieres lograr éxito inmenso, toma por punto de mira

á los Jesuítas (1). Las leyes les son contrarias; los Tribunales, procediendo contra ellos, creen mostrarse fieles herederos de los Parlamentos; y como el Gobierno resistirá, haréis en este terreno una guerra, en la que todas las ventajas estarán de vuestra parte. Compra, querido Bailleul, y no exigirá gran dispendio, el montón de libros en que, desde hace dos siglos, se relatan todos los crímenes y malas acciones de los Jesuítas. Léelos y haz que los lean. Imprime en las columnas de tu periódico lo que en ellos se dice, y ésta será una buena guerra.»

Á Bailleul y á sus colaboradores agradó el consejo, en el que vieron la *Mano de Dios,* y se pusieron á la obra inmediatamente. «De este modo, decía el Conde Beugnot, se emprendió aquella famosa lucha contra los Jesuítas, que sostuvo durante los diez últimos años de la Restauración el odio de sus adversarios» (2).

Bien mirado, Sainte-Beuve no se desconsuela por las consecuencias morales de *Las Provinciales.* Al contrario, parece alegrarse de ellas. Sin duda han matado la verdadera moral cristiana, pero han apresurado el nacimiento de la *moral de las gentes honradas.* ¡Han quebrantado la religión de Bossuet, pero han creado la religión de Fenelon!

Esta religión, á cuyo establecimiento en gran parte

(1) Este consejo recuerda el que el caballero de Méré dió á Pascal, respecto á que abandonase las materias de la gracia, de las que s había ocupado en sus primeras cartas, y tratase de la moral de los Jesuítas, lo que dió gran fama á *Las Provinciales.*

(2) Elogio del Conde Beugnot, *Diario oficial,* 11 Noviembre 1873.

contribuyó Pascal, no molesta mucho la *moral de las gentes honradas*. Según la idea corriente, es *una devoción humana y amable*. «Se la honra—dice Sainte-Beuve,—se la saluda y se pasa ante ella» (1).

He aquí, pues, el camino recorrido por *Las Provinciales*. Parten de una elocuente mentira, y llevan á la incredulidad que Nicole llamaba con justicia la gran herejía de los últimos tiempos. Los austeros cristianos de Port-Royal no tienen razón para aplaudir tanto. Y los que les aplauden, tampoco.

Sin embargo, la frase queda: moral relajada de los jesuítas. Preciso es responder con hechos, y los hechos no faltan.

CAPÍTULO II

LA MORAL RELAJADA.—CHATEAUROUX Y POMPADOUR

Cuando un hombre se encuentra colocado entre el deber y sus más grandes intereses, es el momento de juzgar de la moralidad y de la firmeza de sus principios.

Cuando un cuerpo constituído se encuentra entre su deber y los intereses más graves, su existencia misma, aparece claramente su valor moral.

La Compañía de Jesús, por haber tenido el peligroso honor durante los siglos XVII y XVIII de dar confesores á los Príncipes y á los Reyes, se ha encontrado más de una vez en estas críticas circunstancias.

(1) SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*. Tomo III, pág. 290.

Entonces ó nunca era el caso de que emplease su «moral relajada».

Pero ¿qué nos dice la Historia? Nos dice, por ejemplo, que el P. Bourdaloue no ocultó la verdad á Luis XIV ni en sus sermones ni en las ocasiones que podía aprovechar. Languet suministra, entre otras, una prueba (1) que vale la pena de ser referida:

«Terminada la Cuaresma, y según costumbre, el predicador se despidió del Rey. Éste, aludiendo al sermón de Pascua, y deseoso de indicar que quería aprovechar las enseñanzas de él, dijo:—Padre mío, supongo que estaréis contento de mí; he enviado á Clagny á Madama de Montespan...—El buen religioso, más celoso de la moral que político, respondió con firme modestia:—Señor, Dios estaría más contento si Clagny estuviera á cuarenta leguas de Versalles.—No ofendió al Rey esta libertad, y realmente el Jesuíta ponía el dedo en la llaga, pues, efectivamente, poco tiempo después Madama de Montespan regresaba á Versalles y el escándalo comenzaba de nuevo.»

Relatemos ahora los dos hechos más graves, en lo que á este asunto se refiere, de la escandalosa historia del siglo XVIII.

En la primavera de 1744, el Rey fué acometido en Metz de una enfermedad que le llevó á las puertas de la tumba. M. de Nolhac, en una obra titulada *Luis XV y María Leczinska*, fundada en las Memorias más auténticas, habla así de lo que aconteció en-

(1) *Memorias de Madama de Maintenón*, por LANGUET DE GÉRY, páginas 165 y 166.

55278
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"